

## Homilías y escritos breves. Algunos aspectos de retórica literaria

María José Alonso Seoane

Analizar desde el punto de vista literario los escritos de Mons. Escrivá ofrece un gran atractivo, porque estos escritos –dejando aparte otras razones– suponen un hito en la historia de la literatura ascético-mística en lengua española; los que los han estudiado bajo otros aspectos, han señalado el interés estilístico que presentan<sup>1</sup>. Las dificultades de abordar la cuestión son, sin embargo, grandes: la limitación del espacio que se nos ofrece y el hecho de que estos escritos no estén todavía íntegramente disponibles, nos ha obligado a limitarnos a las obras actualmente publicadas: *Libros de Homilías*, *Camino*, *Santo Ro-*

1. De especial interés resultan las introducciones a estas obras escritas por Mons. Álvaro del Portillo, sucesor de Mons. Escrivá en la dirección del Opus Dei. Cfr. también A. VÁZQUEZ DE PRADA, *El Fundador del Opus Dei*, Madrid, 1983, p. 414, y P. BERGLAR, *Opus Dei. Vida y obra del Fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Madrid, 1987, p. 354.

*sario, Via Crucis, Surco y Forja*<sup>2</sup>. No se trata tampoco de un estudio completo, sino de algunas observaciones centradas en la consideración de los rasgos específicamente literarios, sin tener en cuenta, salvo en lo indispensable, el análisis de la significación.

#### TRANSMISIÓN DE UNA EXPERIENCIA SOBRENATURAL

¿Cuál es el sentido de los escritos de Mons. Escrivá? En principio, transmitir una experiencia íntima de carácter sobrenatural. No existe una finalidad primordialmente literaria. Pero su interés literario –evidente– proviene de la riqueza de esa experiencia y del valor creativo de la expresión en que esa experiencia se formula. Valor literario no buscado en sí, pero no casual ni evitado; porque de la presentación formal de los contenidos depende también su eficacia; y porque el cuidado de la ejecución literaria está unido a la esencia de lo que se transmite: en este caso, hacer rendir las cualidades innatas –también las literarias–,

2. Utilizo, para las citas contenidas en este artículo, las siguientes ediciones: *Camino*, Madrid, 1965; *Santo Rosario*, Madrid, 1975; *Via Crucis*, Madrid, 1981; *Es Cristo que pasa*, Madrid, 1974; *Amigos de Dios*, Madrid, 1978; *Surco*, Madrid, 1986; *Forja*, Madrid, 1987. Indico solamente el punto correspondiente en las citas y la página en el caso de *Santo Rosario*.

debidamente cultivadas. En alguna ocasión, la expresión poética será asimismo una necesidad, como único cauce medianamente adecuado para la manifestación de determinadas experiencias sobrenaturales.

Las obras publicadas de Mons. Escrivá abarcan géneros diversos, con pluralidad de estilos dentro de ellos y con gran relación interna. Las homilías se atienen, renovándola, a la norma genérica: consideraciones con aplicación a la vida, a partir del texto sagrado. *Santo Rosario* y *Via Crucis* se centran en la contemplación de las escenas del Evangelio. *Camino*, *Surco* y *Forja* son libros de aforismos –género entre el ensayo y la poesía–, con puntos de distinta naturaleza: máximas de carácter formativo y nocional; pequeñas actualizaciones de escenas evangélicas; breves frases encendidas dirigidas al Señor, que son mínimas unidades de oración personal; consideraciones algo más extensas sobre puntos ascéticos, desarrolladas en forma de reflexión, de pequeño diálogo, de alegoría, y de otros esquemas similares.

#### CARACTERES GENERALES DEL ESTILO

Al acercarnos a los escritos de Josemaría Escrivá, inmediatamente se nos ponen de mani-

fiesto algunos rasgos de su escritura: claridad, sencillez, franqueza; un estilo culto, enérgico, flexible, expresivo. Condicionado, como toda obra literaria, por su objetivo retórico –la transmisión de experiencias sobrenaturales– y por sus destinatarios: conocidas personas de carne y hueso unas, y otras desconocidas, pero cercanas, adivinadas; a todas ellas les unen fuertes lazos, como no deja de observarse al estudiar la implicación del autor en el texto y en el tono de éste, absolutamente directo y concreto.

Hay muchas maneras –sobre todo, largas– de estudiar una obra desde el punto de vista literario. Para hacerlo de una manera breve y provisional, como una primera aproximación al tema, he procurado buscar algunas directrices que den razón de la mayor parte de los procedimientos literarios del texto. Estas directrices, relacionadas entre sí y con el objetivo y destinatario retóricos propuestos, podrían concretarse en:

- 1) El esfuerzo por dar a conocer una manera, «nueva como el Evangelio y como el Evangelio vieja», de vivir el cristianismo, que se materializará una vez en procedimientos de iteración, de ampliación; otras, condensando la expresión en máximas fuertemente elípticas que, al definir de modo innovador, producen un extrañamiento que impide la banaliza-

ción de lo que se dice, la lectura superficial y deformante que inutiliza aquello que se quiere expresar.

- 2) El esfuerzo por mover el corazón del oyente o lector: persuadir, animar, enseñar prácticamente. De este empeño arranca un buen número de recursos literarios en áreas fundamentales del estilo: la presencia del autor y de los destinatarios en el texto, y el carácter mismo del lenguaje utilizado.
- 3) El esfuerzo por hacer comprender la acción íntima de Dios en el alma del autor –tema clásico de la literatura ascético-mística–, que se apoyará fundamentalmente en dos principios estructuradores, con manifestaciones textuales en distintos niveles: el uso de antinomias, frecuentemente hiperbolizantes, y de elementos básicos del lenguaje figurado: símil, imagen, metáfora, alegoría.

#### EL ESFUERZO POR HACER COMPRENDER

El primer gran apartado de este punto abarca aquellos procedimientos que buscan hacer comprender desmenuzando el pensamiento en paralelismos y contrastes, introduciendo ejem-

plos –extraídos de la experiencia o de textos evangélicos– y creando la configuración descriptiva de esos ejemplos: pequeños relatos y descripciones que producen una pausa en la exposición y cumplen la función pictórica de hacer ver –revivir o vivir, en el caso de las escenas evangélicas– aquello a que el autor acude como referencia. En todos estos casos, a pesar de que estamos ante un discurso retorizado, el autor actúa con enorme sobriedad: no hay verbosidad en el ritmo de la prosa, ni en la expresión ni en el pensamiento. Al contrario, predomina la frase corta, la ausencia de nexos subordinantes. Los recuerdos se describen con viveza:

«En una ocasión vi un águila encerrada en una jaula de hierro. Estaba sucia, medio desplumada; tenía entre sus garras un trozo de carroña. Entonces pensé lo que sería de mí, si abandonara la vocación recibida por Dios»<sup>3</sup>.

«Hace muchos años –más de veinticinco– iba yo por un comedor de caridad, para pordioseros que no tomaban al día más alimento que la comida que allí les daban [...]. Después de la primera distribución, para recoger las sobras, acudían otros mendigos, y entre los de este segundo grupo, me llamó la atención uno: ¡era propietario de una cuchara de peltre! La sacaba cuidadosa-

3. *Es Cristo que pasa*, n. 11.

mente del bolsillo, con codicia, la miraba con fruición, y al terminar de saborear su ración, volvía a mirar la cuchara con unos ojos que gritaban: ¡es mía!, le daba dos lametones para limpiarla y la guardaba de nuevo satisfecho entre los pliegues de sus andrajos»<sup>4</sup>.

En la evocación de escenas del Evangelio –en la que es decisiva la utilización intertextual de la Sagrada Escritura– a veces el autor penetra en el alma de los que leen o escuchan mediante un estilo cortado, de hondas sugerencias:

«Judas, el traidor: un beso. –La espada de Pedro brilla en la noche. –Jesús habla: ¿como a un ladrón venís a buscarme?»<sup>5</sup>.

En otras ocasiones, la escena se dibuja con más trazos, siempre intensos:

«La Cruz hiende, destroza con su peso los hombros del Señor.

»La turbamulta ha ido agigantándose. Los legionarios apenas pueden contener la encrespada, enfurecida muchedumbre que, como río fuera de cauce, afluye por las callejuelas de Jerusalén.

»El cuerpo extenuado de Jesús se tambalea ya bajo la Cruz enorme. De su Corazón amorosí-

4. *Amigos de Dios*, n. 123.

5. *Santo Rosario*, p. 31.

mo llega apenas un aliento de vida a sus miembros llagados [...]»<sup>6</sup>.

En un segundo apartado, dentro de una estética de brevedad y condensación, encontramos definiciones o evidencias, hallazgos sorprendentes, como pequeñas gemas exentas –algunos puntos de *Camino*, por ejemplo–, o engastadas en puntos más extensos o en el texto de las homilías:

«¡Que cuesta! –Ya lo sé. Pero ¡adelante!: nadie será premiado –y ¡qué premio!– sino el que pelee con bravura»<sup>7</sup>.

«Espéralo todo de Jesús: tú no tienes nada, no vales nada, no puedes nada. –Él obrará, si en Él te abandonas»<sup>8</sup>.

«La conversión es cosa de un instante; la santificación es tarea para toda la vida»<sup>9</sup>.

Frases breves, seguidas de silencios; muy sugestivas por la enorme densidad semántica que contienen. Frases con las precisas características del lenguaje literal, que penetran en el alma para revivir oportunamente, con nuevos matices, en otras épocas y circunstancias de la vida:

6. *Via Crucis*, III estación.

7. *Camino*, n. 720.

8. *Íd.*, n. 731.

9. *Es Cristo que pasa*, n. 58.



«Has errado el camino si desprecias las cosas pequeñas»<sup>10</sup>.

«Es más fácil bullir que estudiar, y menos eficaz»<sup>11</sup>.

«El apóstol tibio, ése es el gran enemigo de las almas»<sup>12</sup>.

«¡No hay más amor que el Amor!»<sup>13</sup>.

#### MOVER EL CORAZÓN, ENSEÑAR PRÁCTICAMENTE

Uno de los atractivos de la obra de Mons. Escrivá de Balaguer es la impresión de la vida inmediata que producen: vida real, propia y ajena, humana, concreta. En este sentido, podemos considerar tres puntos en relación con los aspectos de comunicación del texto: la presencia del emisor en él, la presencia del destinatario y el lenguaje utilizado, del que sólo algunas facetas interesan ahora.

En cuanto a la presencia del emisor en el texto, nos encontramos ante un autobiografismo –recuerdos, reflexiones, experiencias– oculto bajo formas oblicuas cuando pudiera significar osten-

10. *Camino*, n. 816.

11. *Surco*, n. 524.

12. *Forja*, n. 488.

13. *Camino*, n. 417.

tación del propio yo expreso, con naturalidad –pero que da al texto aire espontáneo y animante de experiencia compartida– en otras ocasiones. Procedimiento fundamental para la transmisión de conocimientos vivos, no de teorías:

«[...] De este modo el Señor nos llevará adelante con su gracia, como cuando comenzábamos a escribir –¿recordáis aquellos palotes de la infancia, guiados por la mano del maestro?– y así empezaremos a saborear la dicha de manifestar nuestra fe, que es ya otra dádiva de Dios, también con trazos inequívocos de conducta cristiana, donde todos puedan leer las maravillas divinas»<sup>14</sup>.

La presencia del emisor en el texto se compagina con la presencia del destinatario en él. Varios destinatarios en realidad: los que le escuchan o leen, que cuentan con un lugar intratextual donde se les apela –con los procedimientos correspondientes: interrogaciones, mandatos, súplicas–; Dios como testigo del discurso del emisor y de la recepción de los destinatarios inmediatos, al que el autor se dirige directamente a veces; y un tercer destinatario, el autor mismo, que no se considera ajeno a lo que comunica: presente en el texto a través de diferentes fórmu-

14. *Es Cristo que pasa*, n. 93.

las, como la utilización de la primera persona del plural o el desglosamiento de esa inclusión –también con alcance estilístico– a través del uso de pronombres personales: *tú y yo*, *vosotros y yo*, *vosotros, como yo*, etc.:

«¿Cómo va tu vida de oración? ¿No sientes a veces, durante el día, deseos de charlar más despacio con Él? ¿No le dices: luego te lo contaré, luego conversaré de esto contigo?»<sup>15</sup>.

«¿No es verdad que cuando dejas de tener miedo a la Cruz, a eso que la gente llama cruz, cuando pones tu voluntad en aceptar la Voluntad divina, eres feliz, y se pasan todas las preocupaciones, los sufrimientos físicos o morales?»<sup>16</sup>.

«Tú y yo entonces, ¿qué? Una mirada para ver si tenemos algo que enmendar. Yo sí que encuentro en mí mucho que rehacer»<sup>17</sup>.

«Vosotros y yo, ¿estamos seriamente dispuestos a cumplir en todo, la voluntad de nuestro Padre Dios?»<sup>18</sup>.

En cuanto al léxico, cabe destacar, en conexión con los significados que se quieren transmitir, el uso de términos absolutos que reflejan

15. *Íd.*, p. 35.

16. *Via Crucis*, II estación.

17. *Es Cristo que pasa*, n. 16.

18. *Íd.*, p. 49.

la infinitud de Dios, la totalidad de los lazos que nos unen y deben unir a Él, y la nada de la criatura:

«Tendréis el convencimiento sincero –sin falsas humildades– de que no hay mérito alguno por nuestra parte»<sup>19</sup>.

«Corresponder única y apasionadamente al amor de Dios»<sup>20</sup>.

«Esfuézate para responder, en cada instante, a lo que te pide Dios: ten voluntad de amarle con obras. –Con obras pequeñas, pero sin dejar ni una»<sup>21</sup>.

Aparecen los términos que expresan amor, como realidad constitutiva de la vida cristiana:

«el trato entrañable de José con Jesús»<sup>22</sup>.

«Otra vez se oyen los silbidos del Buen Pastor, con esa llamada cariñosa: “ego vocavi te nomine tuo” [...]. La ternura de Jesús por nosotros no cabe en palabras»<sup>23</sup>.

«Cristo nos quiere con el cariño inagotable que cabe en su Corazón de Dios»<sup>24</sup>.

19. *Es Cristo que pasa*, n. 1.

20. *Íd.*, p. 28.

21. *Forja*, n. 82.

22. *Es Cristo que pasa*, n. 54.

23. *Íd.*, n. 59.

24. *Ibidem*.

Por último, aquellos que describen la vida interior como algo íntimo y personal, y a la vez costoso, con todo el vocabulario relacionado con la dificultad y la guerra, habitual en la tradición ascética cristiana:

«Al principio costará; hay que esforzarse en dirigirse al Señor, en agradecer su piedad paterna y concreta con nosotros»<sup>25</sup>.

«A base de humildad [...] podemos hablar siempre de victorias, y nos llamaremos vencedores. Con esas íntimas victorias del amor de Dios, que traen la serenidad, la felicidad al alma, la comprensión»<sup>26</sup>.

«La vida interior no es otra cosa que el trato asiduo e íntimo con Cristo, para identificarnos con Él»<sup>27</sup>.

Un aspecto más, muy importante, en cuanto al léxico: todas las palabras que hacen referencia a conceptos de realidad y concreción, porque la intimidad con Dios, el amor de Dios, no permanecen ni en la vida ni en las enseñanzas de Mons. Escrivá en el plano de las abstracciones; al contrario. Así, se habla de «una fe real y vivida»<sup>28</sup>, de que «en vuestra ocupación profesional,

25. *Íd.*, n. 8.

26. *Amigos de Dios*, n. 106.

27. *Es Cristo que pasa*, n. 56.

28. *Íd.*, n. 22.

ordinaria y corriente, encontraréis la materia –real, consistente, valiosa– para realizar toda la vida cristiana, para actualizar la gracia que nos viene de Cristo»<sup>29</sup>; y se observa un uso particular e intencionado de adverbios y locuciones que fragmentan el tiempo y la realidad en tramos asequibles, bajando la santidad de las nubes admirables, nada comprometedoras, al suelo de la existencia diaria: *hoy, aquí, poco a poco, día a día*:

«Comprende Jesús nuestra debilidad y nos atrae hacia sí, como a través de un plano inclinado, deseando que sepamos insistir en el esfuerzo de subir un poco, día a día»<sup>30</sup>.

«Jesús pasa a nuestro lado y espera de nosotros –hoy, ahora– una gran mudanza»<sup>31</sup>.

«Dios nos concede quizá un año más para servirle. No pienses en cinco, ni en dos. Fíjate sólo en éste: en uno, en el que hemos comenzado: ¡a entregarlo, a no enterrarlo! Ésta ha de ser nuestra determinación»<sup>32</sup>.

Otro gran apartado, en el plano del enunciado, lo constituyen las expresiones vivas, colo-

29. *Es Cristo que pasa*, n. 49.

30. *Íd.*, n. 75.

31. *Íd.*, n. 59.

32. *Amigos de Dios*, n. 47.

quiales que Mons. Escrivá utiliza, intercalándolas en una prosa culta en que la terminología ascético-mística adquieren coloraciones que remiten a los mejores clásicos del XVI español. El cambio de registro –en ese contexto–, la transposición del lenguaje familiar, desformalizado y la remotivación de los giros lexicalizados, producen una serie de efectos expresivos de cercanía y viveza que ponen de relieve, por una parte, la claridad y la fuerza de las cosas que se dicen; y, por otra, la normalidad, la referencia a gente corriente, aunque el tema sea siempre santidad heroica. La aplicación personal es entonces más profunda, íntima, exigente, concreta. Desde otro punto de vista, la apertura al mundo, a la calle –en conexión con las raíces de una espiritualidad–, sin menoscabo de la dignidad estética ni de las normas de género, impregna de sencillez y franqueza la prosa –como la vida–, con el repudio de todo lo complicado y lo afectado:

«Nos fijaremos en el ejemplo de los santos: personas como nosotros, de carne y hueso»<sup>33</sup>.

«No puedo evitar cierto desasosiego cuando alguno, al hablar de su trabajo, pone cara de víctima»<sup>34</sup>.

33. Íd., n. 20.

34. Íd., n. 60.

«Tú y yo nacimos llorando como Dios manda»<sup>35</sup>.

«Hemos de ser santos –os lo diré con una frase castiza de mi tierra– *sin que nos falte un pelo*: cristianos de veras, auténticos, canonizables»<sup>36</sup>.

«La gracia de Dios y un natural nada rencoroso han hecho que todo eso no les haya dejado el menor rastro de amargura. [...] Se me da muy poco el ser juzgado por vosotros, podrían decir con san Pablo. A veces, empleando palabras más corrientes, habrán añadido que todo les ha salido siempre *por una friolera*»<sup>37</sup>.

«*Obras son amores, y no buenas razones*, reza el refrán popular, y creo que es innecesario añadir más»<sup>38</sup>.

#### COMUNICAR LA EXPERIENCIA SOBRENATURAL

Entramos aquí en el terreno propio de la literatura ascético-mística. Dentro de esa tradición, Mons. Escrivá de Balaguer muestra una utilización original de los procedimientos clásicos y una originalidad absoluta en algunos aspectos de ellos, dentro de los principios estructuradores

35. *Es Cristo que pasa*, n. 9.

36. *Amigos de Dios*, n. 5.

37. *Es Cristo que pasa*, n. 68.

38. *Amigos de Dios*, n. 72.



a que antes aludíamos: la antinomia, en distintos niveles, y el uso de tropos: imagen, metáfora, alegoría.

La antinomia, como principio estructurador, responde a la necesidad de poner de manifiesto una lógica muy distinta a la humana, que a veces parece desoladoramente contraria: la lógica divina. La acción de Dios produce, dentro de la sobrenatural naturalidad de la vida interior, experiencias que sólo parece posible explicar desde la contradicción: la antítesis, el oxímoron, la paradoja, tan frecuentes en la literatura mística, en el intento de describir la actividad de Dios en el alma. Se habla entonces de *esclavos voluntarios*, *arriesgada seguridad*, *dolor que se paladea*, *que es amable*, *peso dulce* y *sugestivo*, *hondos gritos silenciosos*. Aparece también el contraste como expresión de todas las dislocaciones procedentes de esa lógica divina que ya sólo debe regir la vida del cristiano: lo grande en lo pequeño, la guerra de paz, y otras tantas contraposiciones:

«La duración de una vida es muy corta. Pero ¡cuánto puede realizarse en este pequeño espacio, por amor de Dios!»<sup>39</sup>.

«¿Triste?... ¿Por qué has caído en esa pequeña batalla?»

39. Íd., n. 52.

»¡No! ¡Alegre! Porque, en la próxima, con la gracia de Dios y con tu humillación de ahora, ¡vencerás!»<sup>40</sup>.

«Es verdaderamente suave y amable la Cruz de Jesús. Ahí no cuentan las penas; sólo la alegría de saberse corredores con Él»<sup>41</sup>.

En cuanto a la utilización del lenguaje figurado –esencialmente intuitivo– para hacer comprender lo apenas expresable o no expresable íntegramente en absoluto, las manifestaciones son muy frecuentes, con distintos tipos y funciones. Encontramos imágenes tradicionales, de arranque evangélico, y otras, nuevas, que corresponden a la experiencia personal del autor: derivadas de la observación de la naturaleza, las costumbres, el acervo cultural, los inventos modernos:

«La llamada del Buen Pastor llega hasta nosotros [...] Hay que contestar diciendo: [...] me has llamado y aquí estoy. Estoy decidido a que no pase este tiempo de Cuaresma como pasa el agua sobre las piedras, sin dejar rastro. Me dejaré empapar, transformar; me convertiré, me dirigiré de nuevo al Señor, queriéndole como Él desea ser querido»<sup>42</sup>.

40. *Via Crucis*, III estación, n. 1.

41. *Íd.*, II estación.

42. *Es Cristo que pasa*, n. 59.

«Cuando hay vida interior, con la espontaneidad con que la sangre acude a la herida, así se recurre a Dios ante cualquier contrariedad»<sup>43</sup>.

«Vamos a pedir luz a Jesucristo Señor nuestro, y rogarle que nos ayude a descubrir, en cada instante, ese sentido divino que transforma nuestra vocación personal en el quicio sobre el que se fundamenta y gira nuestra llamada a la santidad»<sup>44</sup>.

Las comparaciones e imágenes muchas veces son breves, siempre certeras:

«Es inútil que te afanes en tantas obras exteriores si te falta Amor. –Es como coser con una aguja sin hilo»<sup>45</sup>.

«El desprendimiento que predico, después de mirar a nuestro Modelo, es señorío: no clamorosa y llamativa pobretería, careta de la pereza y del abandono»<sup>46</sup>.

«El cristiano no es un maníaco coleccionista de una hoja de servicios immaculada»<sup>47</sup>.

Por otra parte, uno de los campos preferidos es todo el complejo de tropos relacionados con

43. *Surco*, n. 683.

44. *Amigos de Dios*, n. 62.

45. *Camino*, n. 967.

46. *Amigos de Dios*, n. 122.

47. *Es Cristo que pasa*, n. 75.

la luz, que, aplicados a la fe o la vocación, obtienen gran rendimiento:

«La vocación cristiana [...] exige que abandonemos todo lo que estorba el querer de Dios. La luz que se enciende es sólo el principio; hemos de seguirla, si deseamos que esa claridad sea estrella, y luego sol»<sup>48</sup>.

«La vocación enciende una luz que nos hace reconocer el sentido de nuestra existencia. Es convencerse, con el resplandor de la fe, del porqué de nuestra realidad terrena. Nuestra vida, la presente, la pasada y la que vendrá, cobra un relieve nuevo, una profundidad que antes no sospechábamos»<sup>49</sup>.

En cuanto a las funciones que desempeñan estos procedimientos, se pueden agrupar en tres grandes apartados:

1) la descripción de estados interiores por medio de imágenes:

«La tristeza es la escoria del egoísmo»<sup>50</sup>.

«Son almas que hacen barricadas con la libertad»<sup>51</sup>.

48. *Es Cristo que pasa*, n. 33.

49. *Íd.*, n. 49.

50. *Amigos de Dios*, n. 92.

51. *Íd.*, n. 29.

«Pídele al Señor que te ayude [...] a gastarte en su servicio sin espectáculo, silenciosamente, como se consume la lamparilla que parpadea junto al tabernáculo»<sup>52</sup>.

«Humildad de Jesús. Anonadamiento de Dios que nos levanta y ensalza. ¿Entiendes ahora por qué te aconsejé que pusieras tu corazón en el suelo para que los demás pisen blando?»<sup>53</sup>;

2) el uso de la alegoría y el símbolo para facilitar la aprehensión real –correcta, verdadera– de lo sobrenatural:

«El amor trae consigo la alegría, pero es una alegría que tiene sus raíces en forma de cruz»<sup>54</sup>.

«Hemos de convencernos de que el mayor enemigo de la roca no es el pico o el hacha, ni el golpe de cualquier otro instrumento, por contundente que sea: es esa agua menuda, que se mete, gota a gota, entre las grietas de la peña, hasta arruinar su estructura. El peligro más fuerte para el cristiano es despreciar la pelea en esas escaramuzas, que calan poco a poco en el alma, hasta volverla blanda, quebradiza e indiferente, insensible a las voces de Dios»<sup>55</sup>.

52. Íd., n. 138.

53. *Via Crucis*, IX estación, n. 1.

54. *Es Cristo que pasa*, n. 43.

55. Íd., n. 77.

«Recuerda, hijo, que no son menos importantes los microbios que las fieras. Y tú cultivas esos errores, esas equivocaciones –como se cultivan los microbios en el laboratorio–, con tu falta de humildad, con tu falta de oración, con tu falta de cumplimiento del deber, con tu falta de propio conocimiento... Y después esos focos infectan el ambiente [...]»<sup>56</sup>;

3) la utilización de imágenes sensoriales referidas a la realidad espiritual, de gran poder evocador:

«Generosidad del Señor [...] que nos enseña a ser recios, a amar el trabajo, a apreciar la nobleza humana y divina de saborear las consecuencias del entregamiento»<sup>57</sup>.

«Que no nos llame la atención si somos deleznable, que no nos choque comprobar que nuestra conducta se quebranta por menos de nada»<sup>58</sup>.

«Mirad que, si no, ese camino tan llano y carretero se enreda, y lo que al principio no era nada, acaba convirtiéndose en un nudo que ahoga»<sup>59</sup>.

«Hemos de rogar al Señor –a través de su Madre y Madre nuestra– que nos aumente su

56. *Forja*, n. 481.

57. *Es Cristo que pasa*, n. 61.

58. *Amigos de Dios*, n. 95.

59. *Íd.*, n. 15

amor, que nos conceda probar la dulzura de su presencia»<sup>60</sup>.

Apenas hemos apuntado cuatro rasgos, cuando cada libro, insisto, necesitaría un estudio extenso: las homilias, modelos innovadores en su género; *Camino, Surco, Forja*, obras capitales, de fuerte originalidad; las pequeñas joyas literarias y de espiritualidad que son *Santo Rosario* y *Via Crucis*. Escritos que el tiempo, con la perspectiva, hará valorar debidamente. También desde el punto de vista literario, que es el que nos ha guiado aquí, y que nos los ha hecho considerar –hablamos al comienzo de ello– como un hito, en el siglo XX, de la literatura ascético-mística en lengua castellana.

60. Íd., n. 38.